

porcentajes, habida cuenta de que esto parece ir contra la norma general de la lengua española” (p. 141).

Como último apartado, que podría formar parte de un breve pero sustancioso quinto capítulo, Moreno de Alba presenta una completa bibliografía que recoge con notorio esmero todos y cada uno de los estudios realizados en torno a la fonética del español mexicano. Será fuente imprescindible para los americanistas que indudablemente encontrarán más de un título desconocido e iluminador para profundizar en el conocimiento de la realidad lingüística de México.

En suma, podemos decir que José Moreno con *La pronunciación del español de México* vuelve a roturar el campo de la dialectología mexicana, en toda su vasta extensión geográfica, y al hacerlo fertiliza, enriquece y amplía el campo de la dialectología del español de América. Moreno de Alba nutre tanto que el papel de nuestro español en el conjunto americano derriba cualquier duda de delimitación dialectal con isoglosas nítidas, trazadas en los mapas que nos ofrece.

Ojalá que la riqueza de estos datos logre trascender las barreras de lo meramente dialectal e irrumpa en nuevos terrenos teóricos y de aplicación lingüística.

REBECA BARRIGA VILLANUEVA
El Colegio de México

Antología de la prosa medieval castellana. Ed., introd. y notas de C. González. Ediciones Colegio de España, Salamanca, 1993; 184 pp. (*Biblioteca hispánica*, 28).

Este título reciente de Cristina González no es, en sentido estricto, esa recopilación convencional de textos que podríamos esperar vista la presentación en cubierta; más allá del mero florilegio, de la antología representativa de los distintos géneros de prosa existentes, la autora se decide por una depurada selección que responde no a un criterio expositivo o didáctico¹, sino al propósito de una investigación claramente explicitada desde las primeras páginas: estudiar, desde la perspectiva de los mecanismos de narratividad y de la infiltración de ciertas estructuras folklóricas, distintos géneros prosísticos medievales (*anales, historia, crónica y novela*):

En esta antología [nos dice González] estudio la función que el folklore tiene en los mecanismos de narratividad de la prosa medieval, exami-

¹ Propósito, por ejemplo, de la antología preparada por SENIFF recientemente (*Antología de la literatura hispánica medieval*, comp., ed., ensayo bibliográfico y sel. bibliográfica de D. P. Seniff, Gredos, Madrid, 1992, p. 9).

nando su ausencia en los anales, su aparición en las crónicas y desaparición en las historias, así como su presencia masiva en las novelas (p. 32).

Antes que un verdadero *corpus* antológico, se trata aquí de conformar un *corpus* de trabajo que facilite al lector el seguimiento de la investigación (“Introducción”, pp. 13-62)². Recordando por la perspectiva —nunca por el método ni por las conclusiones— aquellos trabajos ya clásicos de Erich Auerbach enfocados en el problema de “...la interpretación de lo real por la representación literaria o «imitación»”³, Cristina González asume como premisa fundamental el carácter productivo de la escritura; no hay palabra escrita que conserve su inocencia, toda construcción verbal implica una cierta concepción de realidad y, en ese mismo sentido, una producción de contenidos ideológicos que suelen exceder la parcialidad de la mera descripción.

Coincidiendo su trabajo con los principios teóricos del nuevo historicismo (*New historicism*) y de la nueva filología (*New philology*), la autora da noticia de la línea de investigación que se ha propuesto con la reseña de autores y textos fundamentales en ambas corrientes. Definido el proyecto del *New historicism* como “...el reconocimiento, por una parte, de la textualidad de la historia y, por otra, de la historicidad de los textos” (p. 16), se trata en suma de estimar el discurso histórico como un discurso parcialmente narrativo —y en tanto esto, literario— cuya índole verbal, lejos de reflejar una copia fidelísima del mundo, lo instaura, volviéndose recreación constructiva de aquella realidad histórica (pp. 15-23)⁴.

Respecto a la *New philology*, explica: “La esencia de la nueva filología es que la literatura medieval es tan complicada como la moderna” (p. 24), y en consecuencia, para su estudio se acepta como válida la aplicación de los recientes métodos acuñados por la teoría literaria: “La nueva filología, pues, no es más que la clase de filología que hacen los críticos de la literatura medieval que están informados

² Como recuerda la autora en el Prefacio, “la presente antología se basa fundamentalmente en un seminario sobre folklore y literatura en la Edad Media que di en la primavera de 1991” (p. 11); esto explica la sólida atadura entre los textos antologados y las premisas planteadas en el ensayo introductorio.

³ ERICH AUERBACH, *Mimesis*, trads. I. Villanueva, y E. Ímaz, F.C.E., México, 1988, p. 522; véase también *Lenguaje literario y público en la Baja Latinidad y en la Edad Media*, trad. López Molina, rev. Rafael M. Bonfill, Seix-Barral, Barcelona, 1966.

⁴ Reseña para ello de Hayden White, *Metahistory: The historical imagination in nineteenth-century Europe* (1973), *Tropics of discourse: Essays in cultural criticism* (1978) y *The content of the form: Narrative discourse and historical representation* (1987); y de Stephen Greenblatt, *Renaissance self-fashioning: From More to Shakespeare* (1980), *Shakespearean negotiations: The circulation of social energy in Renaissance England* (1988), *Learning to curse: Essays in Early Modern culture* (1990) y *Marvelous possessions: The wonder of the New World* (1991).

sobre teoría literaria” (p. 24). Como en páginas anteriores, reseña la trayectoria de los autores que le parecen sintomáticos en esta corriente (pp. 23-30)⁵.

Explicitada su línea de investigación, González estudia entonces la presencia y actuación de ciertas estructuras folklóricas en los textos compilados. Recurre para ello a un catálogo mínimo de los “cuentos folklóricos” que con mayor insistencia suelen estar presentes en la articulación de los mecanismos narrativos de la prosa medieval (1. El niño abandonado, 2. El hombre probado por el hado, 3. La mujer calumniada, 4. La mujer animal y 5. El matador de dragones), interpretándolos como una codificación simbólica de “...diferentes tipos de conflicto entre la civilización y la otredad” (p. 31), expresables sólo por vía de su representación mítica: “Las novelas y las crónicas tratan de estos asuntos siempre por medio de los cuentos. Nunca intentan copiar casos concretos. No son miméticas, sino míticas” (p. 31).

Con esta perspectiva, analiza sucintamente los documentos del *corpus*: los *Anales toledanos* (pp. 32-34), que como recordatorio y complemento de otro tipo de historia suelen ser lacónicos, presentan una narratividad progresiva que soslaya generalmente la incorporación de cuentos folklóricos. En la *Estoria de Espanna* (pp. 35-38) se ofrece una visión triunfalista de los hechos, “... presentando la reconquista como una obra coherente y acabable” (p. 35). Como trasunto del conflicto civilización y salvajismo que implica la conciencia colonizadora, la crónica alfonsí da cabida a un número apreciable de cuentos folklóricos, concertados en función de una explicación simbólica de la otredad que la presencia cultural de los pueblos conquistados motiva. Sucede igual con los episodios que tratan la juventud de Carlomagno y las aventuras del Caballero del Cisne, incluidos en *La gran conquista de ultramar* (pp. 38-44), donde el subtexto de los cuentos folklóricos responde nuevamente a una lógica narrativa de valores encontrados: moro *vs.* cristiano, salvajismo *vs.* civilización. En las novelas de caballería se explicita la presencia del relato folklórico en función de una didáctica que sigue los mecanismos del *exemplum* medieval: en el *Libro del Caballero Zifar* (pp. 44-47) se aprovecha el prólogo para explicar los dispositivos narrativos a que se recurre:

...compara el libro con la nuez, que tiene el fuste por fuera y el fruto por dentro... El fuste serían las estructuras folklóricas y el fruto los comentarios de los personajes y del narrador. El fuste propone un ejemplo a imitar. El fruto explica sus mecanismos para que pueda imitarse (p. 47).

⁵ Nancy Partner, *Serious entertainments: The writing of history in Twelfth-Century England* (1977) y “Making up lost time: Writing on the writing of history” (1986); y de Gabrielle Spiegel, *The chronicle tradition of Saint-Denis: A survey* (1978) y “History, historicism, and the social logic of the text in the Middle Ages” (1990).

Esto, que sirve como defensa del género novelístico —donde el imperativo no es la veracidad de la historia relatada, sino la utilidad moral que pueda rendir—, se retoma con algunas variantes en el prólogo del *Amadís de Gaula* (pp. 57-59): clasificando la historia en *verdadera, de afición y fingida*, y advirtiendo que las tres por igual proveen de buenos ejemplos y buenas doctrinas, Rodríguez de Montalvo toma partido por esta última. En el plano de las estructuras simbólicas, el par civilización *vs.* salvajismo o barbarie vuelve a cobrar importancia, siendo prioritario el triunfo de la civilización.

Influidas por los libros de caballerías, las crónicas posteriores acentuarán su dependencia de los “cuentos folklóricos”, explicando los mitos genealógicos y fundacionales por los pares civilización *vs.* salvajismo o civilización *vs.* barbarie (así en la *Crónica sarracina* de Pedro del Corral, pp. 48-50 y en la *Historia de la linda Melosina*, pp. 54-57); caso contrario representa *Generaciones y semblanzas* de Pérez de Guzmán (pp. 51-53), conjunto de biografías que abandona explícitamente la presentación de problemas ontológicos por el recurso folklórico, limitándose a la relación o al memorial analógico que compara los personajes entre sí a la luz de consecuencias morales inmediatas.

Interesante resulta advertir la evolución de los géneros cronístico y novelístico desde la perspectiva de esta articulación de elementos narrativo-folklóricos: independientemente de lo “folklorizados” que se encuentren, los textos conservan su carácter de *crónica* si se mantiene la presencia de personajes históricos y de *novela* en caso contrario (p. 60); las *crónicas*, a su vez, se distinguen de los *anales* y de la *historia* por su construcción narrativa ya en mayor, ya en menor grado afectada por los “cuentos folklóricos”:

Los anales contienen poco folklore porque carecen de interpretación. La historia contiene poco folklore porque posee una interpretación moral. La crónica y la novela, que, como señala Partner, son géneros muy parecidos, contienen mucho folklore porque, como apunta Spiegel, poseen una interpretación mítica (p. 60).

Termina el estudio con una reflexión sobre la presencia de esta organización mítica en el pensamiento conquistador español durante el Renacimiento (pp. 60-62). Se detalla luego una sucinta *Bibliografía* dividida en I. *General* (pp. 63-65) que contempla referencias sobre nueva filología, nuevo historicismo y estudios del folklore y II. *Sobre los autores y obras estudiados* (pp. 65-68) que compendia ediciones y estudios de las obras examinadas.

El resto del libro está dedicado a la antología de textos (pp. 69-179). Sobre el crédito de Cristina González en cubierta y portada como “editora”, habrá que precisar que en todos los casos la autora

se sirve de fuentes ya publicadas —ediciones críticas por lo regular— sin aplicarse verdaderamente a la tarea de la edición de los códices, por lo que quizá resulte más correcto considerar su trabajo como una “selección y estudio”⁶. Incluso en el caso del *Libro del Caballero Zifar*, donde cita su propia edición, esto resulta cierto sólo a medias: como apunta en la “Introducción”, no hace sino tomar el texto preparado por Charles Ph. Wagner en 1929⁷. Delante de esta confusión de términos se antoja preguntar por qué el título de *antología* para este ensayo que luciría mejor si se presentara como la investigación sobre las relaciones entre los mecanismos narrativos y el folklore que al fin es. Esto ahorraría malentendidos y descalabros innecesarios, concediendo a un texto que como *antología* demuestra tener un carácter parcial, el perfil de un trabajo personal, rico y sugerente. Si como *Antología de la prosa medieval castellana* el libro resulta escaso y arbitrario, como estudio de los mecanismos de construcción narrativa en la prosa medieval se advierte coherente e iluminador.

Minucias aparte —producto muy posiblemente de las normas editoriales de la colección *Biblioteca hispánica*—, esta nueva *Antología de la prosa medieval castellana* conserva en el fondo ese interés primordial que rebasa todo muestrario, parcial por naturaleza; devolver a la literatura medieval esa problematicidad y esa vigencia que bajo la pátina del tiempo yacen encubiertas y recordar que “... lo que los textos significaron en la Edad Media [es] lo que esos textos significan hoy” (p. 29); y ahí su significativo mérito.

ALEJANDRO HIGASHI
Universidad Veracruzana

MICHAEL HARNEY, *Kinship and polity in the “Poema de mio Cid”*. Purdue University Press, West Lafayette, IN, 1993; 285 pp. (*Purdue studies in Romance literatures*, 2).

Sorprenden, en la línea de los estudios cidianos exocríticos¹, los avances que luego de la empresa ciclópea emprendida por Menéndez Pidal parecían arduos, cuando no imposibles. En las dos últimas déca-

⁶ Caso contrario de la *Antología de la épica medieval* preparada por CARLOS y MANUEL ALVAR donde, salvo los textos reconstruidos —*Infantes de Lara* por Menéndez Pidal y Von Richthofen, *Sancho II* por C. Reig y Manuel Alvar—, la parte más importante del material ha sido preparada por los editores desde los manuscritos mismos o facsímiles (*Épica medieval española*, Cátedra, Madrid, 1991, pp. 80-81).

⁷ *Libro del Caballero Zifar*, ed. C. González, Cátedra, Madrid, 1983, p. 58.

¹ Término acuñado por MIGUEL GARCÍ-GÓMEZ para referirse a la crítica historicista o “del *en-torno*” que ejemplifica con las investigaciones de Menéndez Pidal (*Mio Cid*).